



Perros y Fantasma

Rodolfo Torres

Perros y Fantasma



Primera edición: abril de 2021

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Rodolfo Torres

ISBN: 978-84-18663-72-7

ISBN digital: 978-84-18663-73-4

Depósito legal: M-12096-2021

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5. Local

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*Dedico esta novela al historiador aficionado
Andrés el Chino García, quien convirtió en realidad la
existencia del fantasma del conde Villamar.*

*La dedico asimismo a los fantasmas que vagan por el
mundo y hasta a los perros, porque he escuchado sus ladridos y
conozco a muchos de ellos.*

Donde hay hombres no hay fantasmas. Refrán muy cierto, pero vale aclarar que los fantasmas solos no existen. Vienen de adentro de los hombres y están entre todos los hombres. Así, la presencia de los hombres reales la confirma la realidad de los fantasmas. Por tanto, mientras más hombres son, más fantasmas hay... a tener en cuenta.

R.T. HOHENSCHÖNHAUSEN, BERLÍN

ÍNDICE

1. El reloj de péndulo y el viejo revólver influyen en el carácter de Martincito.....	15
2. Esperanza huye del padrastro y caen manos de un comerciante del placer	23
3. Rosa la China muestra su muy erótico poder de seducción de modo gráfico ..	33
4. Las lágrimas de Esperanza curan heridas y dolores con su poder mágico	43
5. Esperanza abandona el feo nombre profesional, pero adopta otro parecido	53
6. Esperanza desea aplicarle a Martincito la mejor de las terapias	63
7. El fantasma que engendró a Martincito no gustaba de la luz.....	75
8. Martincito llegó al mundo denso y sin escrúpulos que era La Granja.....	85
9. El pequeño encaminó sus pasos al indeseado aprendizaje sexual.....	93
10. Esperanza confunde a Martincito con Bolondrón no solo por feo	101
11. Martincito dispara y vuela al techo, contra los cables eléctricos.....	111
12. En las calles están las inequívocas señales de problemas ideológicos	119
13. Martincito encañona al sospechoso pero nadie ve a ninguno de los dos	129
14. El infeliz no tiene problemas ideológicos..., pero de repente sí que los tiene	137
15. El guía invisible cobra cuerpo en la voz de Martín	143
16. El arca bíblica, el diluvio, Noé y el contrabando de animales exóticos.....	149
17. Martín tiene dos días de cumpleaños, sin los apellidos del padre fantasmal ...	159

18. Martín encuentra a Esperanza con dolor a causa de la superherramienta	167
19. Esperanza vuelve a medir la herramienta y retroceden en el tiempo	175
20. Martincito convierte las posturas avícolas en proyectiles mortales	181
21. Martín y Esperanza perfeccionan el amor en chaca-chaca ascendente	191
22. Los bueyes Abel y Caín trasladan a Martincito hasta la vía férrea	197
23. ¿Crecimiento desmedido de la herramienta y pollos grandes como avestruces?	207
24. Los dos sufren el amor y la historia se desarrolla paralelamente	217
25. Estela ruega felicidad para la disparejapareja ya emparejada sobre la cama	225
26. Estela descubre vetas fantasmales en el enorme reloj de péndulo	233
27. Martín jamás se perfuma pero trae el Noches de Moscú en sus cabellos	241
28. Martincito demostró que el tamaño de los hombres no está en la estatura	245
29. La que fue puta sigue siendo puta en el cementerio y con los demás muertos	251
30. Un poderoso brujo de mala entraña matado con artes brujeras	257
31. La burla puede herir y a fondo pero solo la envidia tinta de verde y mata	263
32. Nadie puede arrancar la cartera de las manos de Beba en la funeraria	273
33. Los hijos de Beba acuestan a la madre querida en el suelo polvoriento	285
34. Genoveva se muda con Wenceslao para vivir toda la muerte juntitos	293
35. Allá afuera ha ocurrido una desgracia que marca el principio del fin	301
36. Nolleague encontrará sabroso el instrumento de Carlos y deseará comérselo entero	305
37. La magia de la atmósfera espera por ellos dos para el desenlace fatal	313
38. Nolleague desocupa el vientre envenenando el aire con su nociva flatulencia ..	321
39. Dentro de Olivia se rompen los cristales de la fe y la confianza	331
40. Los feroces pollos de Leoncio actúan iguales a profesionales de la muerte	341

41. Nollegue era para guardafronteras y lo trocaron por yopuedomasquetú	349
42. El joven ruega a Dios le proteja del perro y él abandonará los negocios eróticos.....	359
43. Leoncio domina el espíritu de la vaca en los zapatos a la primera puesta	367
44. Carlos confiesa haber sido perro, pero promete empezar a ser fantasma	381
45. Huevos de gallinas que hacen crecer lo más agresivo en cada cual.....	391
46. Martín grita que vengará la muerte de Nollegue castrando al asesino.....	403
47. Martín descubre los ingredientes del mejunje mágico con su lengua.....	413
48. El perro muerto indica la pista del asesino con sus ladridos espirituales	427
49. Las personas se diferencian en la potencia de los bombillos en sus cabezas ...	439
50. El revólver del conde Villamar cambió la voz y el carácter a Martincito.....	455
51. Los zapatos rusos del ruso difunto eran par de chagualas rusas.....	467
52. Avanzaban hacia el futuro luminoso sin mirar dónde pisaban en el presente..	481
53. La vieja tragedia fue el origen de la otra un siglo entero después	493
54. El conde casi pierde el pene bajo el filo de medio centenar de machetes	501
55. El Pintado confiesa pero nadie le cree, pues acusa al secretario del partido....	521
56. La humillada es una sierva de Dios, pues la otra es una de esas negras.....	537
57. Don José ascenderá al cielo de los negros si no puede ir a los de su color	553
58. Sophie no es tan mala como todos pensamos, ¿no es verdad?	563
59. Lo peor es cuando el látigo está en las manos de un esclavo.....	569
60. No hay camino que se divida que no vuelva a unirse	583
¿61? No estoy muy seguro, pero creo que este epílogo debiera ser el prólogo.....	595

1. El reloj de péndulo y el viejo revólver influyen en el carácter de Martincito

Martín Rodríguez se apea del banquito de madera que él mismo se fabricara con sus manos de inseminador artificial y de técnico de nivel medio en medicina veterinaria y lo empuja bajo el lavamanos. Ya en el suelo es de nuevo el ser humano pequeño de siempre —137 centímetros de estatura—, otro de los tantos problemas que lo han tenido mal del estómago los casi 55 años ya vividos. La gente dice que él es un enano grande o un hombre chiquito, pero las dos clasificaciones le hacen soltar gotas de saliva de color verdoso. El pobre Martín padece de úlcera gástrica. Los médicos no saben todavía si es por la descomunal cantidad de café que bebe las 24 horas o por el apuro con que lleva su vida. De alguna manera él ha de llegar a ser grande; sabe muy bien que la heroicidad no tiene en cuenta el tamaño pues hay chiquitos que se las traen. Compara la estatura de una cucaracha con la del feroz Tiranosaurio rex y suspira con su gran sonrisa de hombre convencido. Aquellos grandulones se esfumaron de la faz del planeta Tierra millones de años atrás, pero sus contemporáneos ortópteros obligaron hace mucho a los descendientes del australopiteco a inventar la chancleta porque no hay insecticida que valga.

«¡Hoy sábado en la noche se elevará usted al pináculo de la gloria!», escucha en sus mismas orejas y reconoce la voz de siempre aunque no sepa todavía a quién pertenece ni cómo llega a él por lo que su piel se eriza una vez más. «¡Esta noche será decisiva en su fructífera carrera de vigilante público!»

Con el miedo encajado en cada pedacito del cuerpo, el pequeño termina de acomodar el banquito bajo el lavamanos —donde se ha cepillado la dentadura—, cuando descubre un brazo largo y flaco muy por encima de su cabeza de cabellos rubios y recortados por la crueldad ciega de su primo Bendo. Se estremece y piensa en que el ser invisible que le acompaña desde el nacimiento

ha empezado a tomar cuerpo. Tensa los músculos para correr fuera de la casa, soltar uno de sus espeluznantes alaridos o meter un cabezazo. Por fortuna, reconoce al dueño de la extremidad superior. Es Raulito, el más joven y el más alto de todos de sus hijos. Está registrando en la cesta plástica que contiene las cremas de Esperanza.

El muchacho es idéntico en la estatura a la madre y casi con el mismo color de piel que es el del cobre muy bruñido, pero no por casualidad con los ojos azules de Martín. Y tan unidos que parece bizco a pesar de la pequeña y respingada nariz en el medio. Así son los otros seis hijos de este matrimonio desigual en apariencias. Una escalera compuesta de siete escalones altos y tan opuestos los muchachos en el detalle de la estatura al que dice ser el progenitor que la relación padre-hijos se torna sospechosa en la lengua de los vecinos de este reparto Ortiz, al norte de la ciudad de Ciego de Ávila, solo que en varios detalles no hay dudas sobre la paternidad: están esos culos remetidos y las puntas de los zapatos separados a lo Canillitas; sin considerar, porque no lo llevan a la vista pública, el formidable instrumento que Martincito legó a todos.

De repente, el pequeño escucha el susurro de la esposa, una mulata de ojos verdiazules:

—¿Ay, papiiito, por qué hoy tambiéén si esta medianoche en puuunto será el mejor momento de tu viuida...? —llama un instante mirando hacia la sala para asegurarse de que el hijo no oye sus palabras y sigue a base de susurros—. Aprovéchame, annnda, que ahora traigo los ááánimos por el cieelo.

Martincito observa cómo Esperanza apoya su trasero en el borde del fogón, en la cocina, y dice así:

—Abandona, *Espi*, ese gozoso tono de voz conspirativo pues no parlas en este preciso instante acerca del vituperable morador a la vera diestra de nuestro hogar.

—¿Eeeeh, qué tú dices como sieeempre con esas palabras tannn...? —va a seguir con los bisbiseos pero sonríe con su cara de ángel—. Ay, sí, qué boba sooooy, siempre hablando en voz baaaja... Traigo los ánimos por el cieelo porque hoy hice un negocio liiindo allá en mi trabaaajo, para alegrarte a ti y de paso yo tambiéén... La tarde es beella. La gente es amable, aunque tú siempre digas lo contraario —canta con su acariciante voz—. Por eeso, por la contentura que hoy traigo aquí —y golpea su pecho con la mano abierta—, tú y yo vamos a hacer algo bien sabrooso que te va a poner a volaaar como siempre...

Martincito muestra cara de fastidio, con media vuelta incluida. Ni que la esposa le ofendiera la dignidad. Él es de los que no tiene tiempo para distraerse. Él es un patriota muy ocupado.

—Es más, papiiito, ¿por qué no empezamos el día de mañana en unos minutos y estrenas despuéés lo que hoy te conseguí...? Que de tus dos días

de cumpleaños, el segundo es el único que me gusta porque tengo la oportunidad de cambiar o de repetir lo que te hice o te regalé en el primero.

El pequeño da la espalda a la esposa, cruza sus brazos y tiende la mirada al horizonte.

—¿Hacemos ese festejo, amorcito, cuando nos quedemos solos? — dice ella ajena a la aspereza masculina y al girar suelta besos que se elevan en la cálida atmósfera de la cocina para estallar con leves chasquidos multicolores. Una larga y vieja cicatriz en el interior del brazo derecho de Esperanza es la única marca visible de su vida anterior. Otra marca en el cuerpo de esta bella mujer habla de la fea vida que tuvo más de 30 años atrás, pero no se le ve cuando anda vestida y con las piernas juntas.

El maridito se vuelve y eleva la mirada al lindo rostro de la esposa grandota.

—¡Has de saber por qué me marché hacia las oprobiosas vías públicas! —afirma él con la prisa de siempre—. ¡Porque esta noche será óptima para el futuro que por mí espera desde hace mucho, que me lo han vaticinado!

Martincito parece firme, pero el *ser* rondándole desde el nacimiento lo tiene nervioso. Hace mucho Estela se lo dijo a Esperanza y hoy al mediodía la bella y triste mujer vino a esta casa para recalcar la necesidad de una limpieza espiritual al marido de su hermana:

—¿No te has dado cuenta, chica, de que él se cree últimamente más alto y más importante de lo que es en realidad? ¿No lo has oído hablando raro las últimas semanas...? —inquirió Estela—. Debes despojar este sitio con flores blancas y mucho perfume para espantar las malas influencias, porque te aseguro que entre estas paredes se mueve algo de mucha fuerza... Resguarda tu casa con buenos espíritus como lo está la mía, que mira por ejemplo lo que Olivia se ha conseguido gracias a la ayuda que le estoy brindando: es un hombre de buena posición el que hoy la visitará y que yo estoy segura de que se va a quedar para siempre con ella a pesar de lo que él está pensando, porque hasta eso yo lo veo, mi hermana... Tú acumula lágrimas en un pomo bien tapado, que las tuyas son las mejores que yo he visto para curar heridas, y empieza ahora mismo a recogerlas porque quién sabe si las necesitamos hoy...

—¿Por qué dices eso, Estela? —preguntó la otra, alarmada.

—No sé, se me ocurrió de pronto y tú sabes que a mí se me dan esas corazonadas —respondió la madre de Olivia para regresar a su habitual silencio y luego a la casa de al lado, donde la hija empezaba a preparar el amarre del hombre amado.

Para suerte-desgracia del pequeño, la esposa grandota no goza de la espiritualidad de la hermana. Aun así, ella querría alegrarlo a él y por eso trajo una

idea fija amasada a lo largo del día en la tienda donde labora y por la que se decidió después de hacer el cambalache. También le apetece la práctica de la más maravillosa de las terapias, la que después de hecha la obliga siempre a buscar algunas piedras y un madero largo.

Pero como si presintiera el objetivo femenino, Martincito salta hecho una furia:

—¡Son escasos los segundos de mi permanencia en el hogar, Espi querida, pues debo ir en pos del triunfo en las aberrantes vías públicas!

—No, chiiiiico —suplica Esperanza y se relame de placer en anticipación descarada de lo que trae en mente—. Quédate ahora con tu mujerciita, que para las doce en punto te tengo preparada la sorpreesa.

Él percibe la fuerte lascivia y, aunque no lo desee, sus ojos centellean como ascuas libidinosas.

—¿Mas no tienes en cuenta la prole que hemos engendrado? —interroga en voz baja.

—¿Eeeeh, qué tú diiiices...? —pregunta ella, bajando el tono ante su marido.

—Inquiero por nuestros vástagos... —insiste él en un hilo de voz. Y es que en verdad desea quedarse ahora y aquí (se le ve en esa parte del cuerpo que comienza a tener notoria rigidez), pero no se obedece a sí mismo y mueve los pies hacia la puerta de calle deteniéndose ante el anacrónico y enorme reloj de péndulo. Eleva la mirada hacia la gran esfera: 7:35 p.m. Sonríe. Se siente muy satisfecho de poseer el aristocrático ingenio que le saca par de cabezas y que en las noches parece deambular más allá de las paredes como sonámbulo de un único pero largo testículo. Este gran reloj tiene por delante un cristal y puede verse cómo gasta el tiempo en las idas y las venidas del péndulo. Lo llamativo del aparato fabricado en París por Artep & Ofodor, 1845, es el escudo tallado en el vidrio y también en la esfera dorada con 15 centímetros de diámetro y que llena de regocijo al pequeño. Es tanto su alborozo que crece uno y medio y hasta dos centímetros cuando se le para delante para mirarse y autocomplacerse. Le arrebatan los sentidos sin que él mismo pueda explicárselo, y tiene esta forma:



Y lo más curioso es que nadie de los allegados al pequeño sabe qué significa, pero en el fondo de su ser le ponen de carácter arrogante, pasea con aire altivo mirándose el perfil en el cristal tallado y sintiendo que cada célula le bulle de poder.

—¡He inquirido por nuestros vástagos! —dice regresando estirado de la sala al dormitorio y pisando con fuerza—. ¿O no prestas la debida atención a mis interrogantes?

—¿Los niños...? Se han ido al cine y a una fiecesta... casi todos. Ah, y vendrán taaarde —responde ella con la sandunga poniéndole a vibrar el cuerpo y deseando que el último de los hijos acabe de largarse.

—¿Permaneceremos... sooolos... tú y yo..., aquíí..., en la intimidad de la noche..., casi ya?

—Sisí, síííí, sisí, síííí —dice ella abrazando el borde de la puerta del cuarto. Descubrió el vertiginoso centro de gravedad de él y piensa en los roncocos gemidos masculinos junto al canto de sirena de ella.

Martincito tiene chicos las manos y los pies, pero no todo es reducido en este hombre maltratado por la Naturaleza. Muchos le dicen *Chorizo* o *Trespatas* o *el Burro*, pero el popular de verdad es *Manguera*. Y se enoja cuando le llaman así, pero igual disfruta de la distinción verbal. Admiten que él posee algo de más notable envergadura que los demás mortales.

—¿Falta mucho para que el último de nuestros vástagos tome su rumbo respectivo? —pregunta en un suspiro, consciente de que el hijo no debe enterarse de lo que la madre pretende hacer sin la decidida colaboración con el marido La moral y las buenas costumbres están por encima de todo.

No se escucha funcionando un motor de combustión interna en kilómetros a la redonda, menos aún las habituales locomotoras a vapor que halan decenas de vagones repletos de cañas de azúcar y que debieran rodar por la línea de hierro, al otro lado de los patios traseros en las casas de Estela-Leoncio y Esperanza-Martincito y demás vecinos. Los únicos sonidos sobresalientes son los ladridos de las jaurías recorriendo la capital de la más central de las provincias cubanas, de esta ciudad de Ciego de Ávila. El Período Especial es un aullido quejumbroso en la penumbra y todo por culpa de los rusos que ya no mandan petróleo o de los yanquis por su brutal bloqueo o de los mismos cubanos por la tozudez (*gallegada*, dicen los guasones del parque Martí) de continuar empujando un carro que hace mucho no quiere seguir.

—Inquiero por si falta mucho para que todos los vástagos tomen sus rumbos respectivos, pues el reloj marcha a buen ritmo. Es mi deber tomar preso a los transgresores de la ley, ¿compreeeeeendes? —pregunta abriendo los ojos

para mirarla, hacia arriba, desde su posición de hombre pequeño puesto en pie.

—Pero, papiiito, chico, en minuticos nos quedaremos solliitos —y entrecierra los ojos para poner en acción la lengua y los labios de una manera que nadie vacilaría en calificar de pornográfica. Él ve allá arriba los gestos femeninos y termina por perder la articulación de la rodilla, pero se estira en las puntas de sus pies pequeños dentro de las chancletas azules.

—No atosigues, Espi mía, al ser pundonoroso que colocó su corazón a tus extremidades inferiores —ella lo mira con risa y con respeto. Tras las rarezas de sus palabras y la violencia sin freno se esconde un ser humano tímido y susceptible. Y hasta valioso—. ¿Tú me escuchas, Espi? Antes que el placer individual en esta humilde humanidad mía se encuentra el deber patriótico. Debo antes vestir el uniforme reglamentario...

Esperanza no puede evitar que su voz salga como una flecha:

—¡Dirás tú que antes vas a desnudarte, aquí, en la casa, para cumplir con tu deber de marido, conmigo y hasta contigo mismo, y después te vestirás para correr a la calle a tu placer de ser policía!

—No, Espi querida, debo aún encontrarme con el revólver, la gorra, el silbato, el talonario, los bolígrafos, las botas... ¿Sabes tú por tu honor de ama de casa eficiente dónde se encuentran todos esos objetos que me son tan útiles como necesarios?

Ella es siempre rápida en las respuestas:

—Donde mismo las dejaste ayer, papiiito... —afirma con su normal tono de voz y el pequeño se alegra pero le dura menos que la centésima de un segundo, cuando escucha lo demás—, que es en tooda la casa. Pueden estar debajo del televisor, atrás del refrigerador o arriba del escaparaate... Hasta allá afuera, en el paaatio, entre las patas de Nolleague... Acuérdate de que yo soy tu espoosa, no la esclaaava.

Él baja los ojos y aunque no lo desee da un paso hacia Esperanza arrastrando la pierna izquierda. De toda la indumentaria de Martín para ir a la caza de los malvados son llamativos pares de objetos: el revólver enorme y las botas con motivos mejicanos y suelas y tacones altos. El arma es extraña porque tiene cañón superlargo, tanto que cuando él camina va tropezándole en el tobillo derecho, golpeando piedras y deshojando malas hierbas. Tiene además filigranas doradas en todo el cuerpo metálico que recuerdan las adornadas pistolas de los feroces piratas que inundaban el mar Caribe, en otra época, sin hablar todavía de las numerosas letras, algunas de trazos desconocidos y todas por debajo del tambor de los proyectiles. Son así, exactamente:

DEMENTES

Nadie sabe qué significan. Aunque quizás lo más raro es que cuando él lleva el arma a la cintura el semblante se le llena de una personalidad fuerte, tranca las mandíbulas como nadie, eleva la mirada y marca el paso con el pecho fuera y cambiándole hasta la voz, como si de pronto fuera dueño de todo el territorio que pisa. Las botas, por su parte, poseen por los lados estilizadas flores blancas en fondo negro, brillantes flecos de piel y punteras largas como estiletos. Parece un gallo de pelea con espuelas cuando las lleva puestas. Eran de un juego de *comboy* para niños de diez a doce años de un paquete venido de Miami. Por supuesto, Esperanza jamás habló del origen de los zapatos. Los gritos del pequeño se hubieran oído en China, que es de dónde ella dijo vinieron las dos y de lo que él se asombró y hasta comentó pues dónde se ha visto que los chinos fabriquen botas mexicanas, ¿eh?

—Eeeesooo... ¿tú sabes, no? Eeeesooo que pretendes realizar con mi desinteresada colaboración física, mas no síquica, me va a retener en el hogar, Espi —se queja Martincito y la aparente bizquera de sus ojos azules se le acentúa como consecuencia de la piel tirante poco más de medio metro por debajo de la cara.

—¡Mamá, papá, me voy! —exclama Raulito y da un portazo.

—¿Ves? —dice ella y atrapa una mano del marido—. ¡La-caaama-nooos-ees-peeraaaaa!

A Martincito se le dilatan los ojos y los dos huecos de la nariz porque vuela en las puntas de sus dos chancletas pequeñas y azules, que van chocando con los muebles. Las risas genuinas de ella y las forzadas de él empiezan a mezclarse, como siempre.

—¿Y si alguien nos interpela a las afueras de este feliz hogar nuestro? —pregunta cayendo de espaldas en la cama.

—¡Ah-pueees-le-decimooss-venga-desspuéés-porque-ahora-estamos-hacieendo-eeeesoooo! —canta Esperanza, al tiempo que enciende el monstruoso ventilador amarrado a los barrotes de metal en la ventana y se tira en el mismo colchón pero bocabajo. Lleva abierta la mano izquierda y se apodera de uno de los numerosos tramos intermedios de la magnífica herramienta del marido, todavía dentro de la pata izquierda del pantaloncito. Él se convierte en un semáforo que parpadea. Ella ríe.

—¡Ja, ja, ja! ¡Ja, ja, ja! ¡Ja, ja, ja!

La vergüenza, la timidez y el rubor pasados de moda son algunos de los tantos detalles que más le gustan a ella de este hombre pequeño, desde aquel día ya lejano y con los huevos en las manos, en un famoso prostíbulo a las afueras

de Ciego de Ávila. La gente le llamaba La Granja.

Después de algún forcejeo, Martincito salta al suelo, indignado, dispuesto a irse a la calle.

Pero ella sigue acostada, mirándole con los deseos terapéuticos en los ojos verdiazules.

Él, sin embargo, es decidido y no vacila ante la meta que lleva impresa en el entrecejo.

Y en los dos como siempre, en este preciso instante, mirándose furiosos, el tiempo se permite un vuelco apreciable. Vuelven a sentir el pasado, sufriendolo y gozándolo como nadie.

2. Esperanza huye del padrastro y cae en manos de un comerciante del placer

Diecisiete años ya cumplidos tenía Esperanza Caignet Clechert cuando se fue de la casa. Lo hizo ante los ojos de su familia única. De la madre y de la hermana, conmocionadas. Y hasta ante el asombro permanente de los abuelos blancos y mulatos mirándola desde antiquísimos daguerrotipos y cianotipias coloreados a mano. Uno de estos, joven todavía y de pie entre dos hermosos corceles, parecía cargar con toda la mágica fuerza de la existencia por la especial manera con que miraba más allá de la cámara. O en todo caso eran los caballos de impresionante alzada y con sus rostros atentos, a ambos lados del joven, los que conferían el vigor que desbordaba la imagen. En fin, que Esperanza se fue para otro barrio de la misma ciudad de Santiago de Cuba en momentos en que Fidel Castro, al frente del Ejército de barbudos, bajaba casi de las montañas.

La muchachita, que tenía cuerpo de mujerona y cara e ideas de niña recién salida de la cuna, estaba enamorada con todo el ardor de la inocencia y soñaba con que daría un salto increíble en su vida. Los ojos grandes y esmeraldinos y el cabello crespo ondeando al viento por la espalda erguida le hacían pensar ante los espejos que sería muy feliz. Porque en verdad impresionaba su estatura, además de que era muy linda con su rostro delgado, la nariz fina y recta, los labios llenos, las cejas largas y espesas, la piel tersa, el carácter de fiesta...

Otro motivo más fuerte incluso que el amor, aunque algo escondido en su alma, la empujaba a irse de una vez y para siempre de la casa donde había venido al mundo y donde los antepasados casi blancos y los casi negros no perdían de vista a sus descendientes desde añosos retratos colgados en las paredes, de modo que no le importó nada largarse bajo la lluvia de imprecaciones proferidas por Ambrosio Mompier, el padrastro. Un blanco rubio inmenso que había estado preso por matar a otro a cuchilladas durante una oscura reyerta de

barajas y aguardiente. Con ideas raras sobre la vida y la muerte. Decía que en la cárcel se le había posesionado el espíritu de un poderoso guerrero haitiano. Parecía atravesar paredes y personas con la mirada y los conjuros bajo cruces de ceniza al aire.

—Lo que tú pierdas aquí no lo busques en otro lugar, porque solo aquí pudieras encontrarlo si alguna vez en la vida te lo permitimos —sentenció Mompier con voz gutural. Era hijo de cubanos, pero el vudú se manifestaba en él con la misma fuerza con que respiraba o le latía el corazón. Decía que el vigor le llegaba del espíritu del guerrero negro que vivía en él.

La mamá de Esperanza, y Estela, la única hermana, eran un mar de lágrimas detrás del colérico hombre. Incapaces de decir una sola palabra y apenas de mirar a la otra en la calle.

—¡No me da la gana de soportar más! —exclamó la muchacha aquella tarde, a la parte de afuera de la puerta; los ojos verdes-casi-azules le llameaban—. ¡Me voy con el amor de mi vida, pésele a quien le pese!

—¡Pues no llegarás a comer ni un cuarto de libra de sal al lado de ese amor eteerno! —lanzó el hombre inmenso su sarcasmo luego de trazar en el aire una gran cruz de ceniza que el viento de la calle dispersó en todas direcciones—. ¡Terminarás rogando al cielo el regreso al lugar de donde ahora te vas y en el que reniegas de la sabiduría del que va en mí y pensaba depositar en ti con mucho amor!

—¡Mentiras, mentiras, mentiras!! —gritaba Esperanza, convencida de que todo no era más que un pretexto burdo de quien había venido a la casa para una limpieza espiritual y había terminado instalándose como amo y señor y, desde entonces, se aprovechaba de la casa, de las tres mujeres y de los ancestros de ellas que seguían pegados a sus talones—. ¡Mentiras, mentiras, mentiras! —gritaba camino de la puerta de calle con el apurado bulto en el que había metido algunas cosas. Lo primero que agarró fue un rollo de cartulina rosada, para llevárselo con mucho cuidado.

—Vendrás suplicándole a todos, pero sin que nos importen tus lástimas tendremos cerrada para ti esa misma puerta por la que ahora te vas...

Los vecinos miraban la fea escena a través de las finas persianas de madera, en las ventanas. Todos tenían motivos para temerles al grandulón y no hubieran intervenido ni con la más tímida de las voces. Cuatro meses después, Esperanza abandonó al joven. Lo único que a él le gustaba era estar arriba de ella, en la cama, sin amarla de veras, o tonteando en la esquina con los amigos. En realidad, la trajo como esclava barata a la casa de los padres. Estos otros se alegraron mucho pues la nuera anterior les duró apenas un mes. Se habían acostumbrado a la servidumbre obediente, que con rapidez aprendiera las tareas

de la cocina y sirviera a la mesa con mayor rapidez aun; a los cafeses llevados temprano en las mañanas al lecho; a dejarse calentar el agua para el baño en los atardeceres; a que los esperara sobre las camas las ropas de pasear cada fin de semana. No terminaba Esperanza de lavar una tanda de ropa y ya la esperaba la próxima, además del baldeo diario de pisos, fregado de loza, acarreo de compras pequeñas y grandes, paseo del perro, su cuidado..., con apenas un plato de comida y de estímulo un trato peor que el del animalito que ella odiaba pero debía amar a la fuerza.

Esperancita, que en menos de un año se convertiría en *la Ordeñadora* de cuerpo exuberante y andar majestuoso, ni lo pensó: regresaba al hogar materno a pesar de los conjuros malintencionados de Ambrosio Mompier, de sus manos largas y el aliento fétido. A pesar de encontrárselo desnudo en cada rincón de la casa en actitudes sospechosas y gran parte del cuerpo rayado de colores y ensangrentado de pollos y gallos de pies a cabeza. A pesar de la invitación descarada a desnudarse con él para que nada se interpusiera entre ambos y así ella recibiera con más facilidad y vigor todo su poder espiritual y material. Regresaría a la casa con la madre y la hermana, a pesar de todo. No sería peor que el infierno de trabajo y de incompreensión del que se iba entonces. No contó sin embargo con la negativa de su propia madre. Si dejaba entrar a la más joven de las hijas perdería la bendita protección del hogar y se ganaría el odio de mil demonios. Así la había amenazado Mompier, quien ni siquiera dio la cara la mañana que la muchacha se presentó ante la puerta con el bultico por delante. Lo había dicho todo el día que ella se fue. Se le escuchaba canturrear en idioma extraño al fondo de la casa. Probablemente desnudo y traspasándole mortales e inmortales secretos a la hermana Estela, también desnuda. Quizás por eso Estela tampoco acudió a verla. Y ni siquiera se asomó al pretorio, la pequeña escalera construida de cemento, ladrillos y piedras ante la puerta de la casa.

De pie en la calle, la muchachita sintió que le magullaban para siempre el corazón y se derrumbó en los escalones del mismo pretorio, sin fuerzas para seguir. El destino indiferente jugaba una de sus habituales partidas sobre la cabeza de la que todavía era casi una niña. Así de sencillo esta inocente criatura se vio durmiendo en parques y portales, hambrienta y desaliñada. Hasta que la encontró un comerciante del placer, de blanco de la cabeza a los pies y con aros dorados de distintas formas y tamaños en los dedos de las dos manos. La más grande de las joyas la transportaba en la extremidad izquierda y en el dedo índice de esta; era un anillo de oro y engarzado en él destellaba una formidable aguamarina de ángulos brillantes. La colonia Old Spice envolvía cada uno de sus movimientos. Acentuaban su personalidad el pañuelo de seda de color

rosado en torno al cuello largo y un finísimo y negro bigote por debajo de la nariz aquilina.

El comerciante supo de un vistazo, a pesar de la ajada ropa de la jovencita sentada en la acera, que no era una pérdida de la calle sino un regalo que la *orisha* Oshún había reservado para él, quien más devoción mostraba a la diosa cubana de origen africano. «Grassias, madre divvina, por ponérmela delante», susurró juntando los dedos de ambas manos y tocándose los labios con las puntas de los índices, sobre los que depositó un beso dedicado a la más zalamera de las orishas, de quien sintió llegarle el soplo divino.

A pesar de la guerra civil en la que se enfrentaban el ejército gubernamental y los rebeldes armados, a pesar del mal ambiente en toda la isla de Cuba, a pesar de los petardos que explotaban y hasta mataban con más frecuencia de la que salía publicado en periódicos y noticieros de radio y televisión, a pesar de que los cadáveres aparecían baleados en basureros y en cementerios, las calles de la ciudad de Santiago de Cuba jamás se vaciaban de seres humanos dedicados a elaborar y transportar la rumba y el son en la sangre y en los pies. Mucho menos se vaciaban los centros nocturnos y diurnos donde se cantaba y se bailaba a tutiplén. La gente no quería dejar de vivir un minuto ante la posibilidad de morirse algún día.

«Seguro que essta mushashita no ssabe ni el abecé en ninguno de loss temmass principaless de la vvida», comentó al aire el comerciante, «pero sse le vve madera para convvertirsse en buena alumna».

Observándola a distancia, descubrió lindura y esbeltez donde otros solo veían motivos para el rechazo. Evaluó además su buena calidad sexual. Él podía hacerlo, tenía ojos para el asunto; se había criado en un ambiente en el que las mujeres y los hombres traían grabado en las frentes cuán fogosos podían llegar a ser si se les manipulaban los contactos adecuados. Es que se trataba de un hijo de puta. Y esto era tan cierto como que poseía cabeza larga y estrecha, ojos astutos, orejas pegadas a la cabeza, boca de labios sensuales, nariz aquilina, bigotillo fino, cabellos negros y lacios empapados en brillantina y peinados hacia atrás, todo ello en una piel blanquísima. Era un hijo de puta porque su madre había sido ramera en la ciudad portuaria de Nuevitás, en la costa norte de la isla de Cuba, y por entonces regentaba un negocito de dudosa moralidad pero de muy elevados beneficios en el mismísimo centro de la ciudad de Camagüey. Era un hijo de puta porque la progenitora de sus días lo concibió a través del contacto con cuatro clientes amigos y borrachos que se turnaron en la misma bacanal, al mismo tiempo y sobre el mismo lecho sudado. Y como era un hijo del colectivo pues nadie se lo cargó a la cuenta individual. Por eso llevaba los apellidos maternos.

El hombre había ido a Santiago de Cuba, la capital de la entonces provincia de Oriente, a buscar materiales para su trabajo. No era fácil encontrarlos, sin embargo. Por lo menos los que él quería, que debían ser buenos, bonitos y baratos. La vieja prostituta y señora madre del lindoro se los había exigido así:

—Fíjate bien que tengan las tres bes. ¡No te vayas a aparecer aquí con algo que tenga dos bes y mucho menos con algo que tenga una sola be o ninguna.

Pero pocos materiales estaban dispuestos a viajar. Era muy arriesgado, peligrosísimo. La gente debía andar con papeles que la identificaran y le justificaran el viaje de Oriente a Occidente. Los soldados de la tiranía de Batista andaban de lo más nerviosos y confundían a cualquiera con los miembros del M-26-7¹, y de ahí a la muerte ni medio paso. Por eso, el comerciante del placer pensaba regresar con las manos vacías a su ciudad, en el centro de la isla de Cuba..., cuando halló a Esperanza. Ella estaba sentada en el borde de una acera con el mundo encima. Aplastada. Con ojos enrojecidos y legañosos, el cabello enredado, la ropa percutida, los zapatos destrozados, las uñas sucias, rotas... Y él vino a agacharse a su lado, con un gran habano entre los dientes largos, para acariciarle la cabeza como a un perrito huérfano.

—¡Hola, mussshasha! —dijo con sonrisa bastante sincera—. Veo que la vvida te esstá hassiendo ssufrir...

Esperanza movió el hombro para quitarse la mano confianzuda.

—Ssí, sshica, la vvida no tiene compassión contigo. Yo tengo una hijita de tu edad y ssé lo que ssignifica comer calienntte y en un platto, dormir en una cama, que a uno le passen la manno...

Siguió hablándole de la maldad de la calle y de la falta de bondad en las personas que más amamos. Parecía leerle el alma mientras lanzaba al espacio el chorro de humo blanco que había aspirado del grueso y caro habano.

—Cada lágrima proppia noss enduresse contra lass lágrimass ajenass y esso ess lo máss malo que puedda ocurrirle a un sser humano... Sse pone duro por dentro y esso ess de lo máss feo.

Tenía un tic que no era nervioso, pero lo parecía pues a menudo entrecerraba los ojos y estiraba el cuello cubierto por el pañuelo de seda rosado dejando ver por momentos y como al descuido, con cuidado concebido, los botones de oro de la camisa blanca siempre zafados y allí debajo el pecho cubierto de vellos negros y ensortijados resaltando sobre la piel blanquísima.

—Mi nombre completto ess Enrique Cissneross, pero ssi tú quieress llárame Henry... Me gussta máss, como ssin dudass a ti te gustaría que alguien te compre zzapatos lindoss y te lleve a un resstaurante...

1. Movimiento 26 de Julio. Grupo armado que lideró la lucha contra la tiranía batistiana, y cuyo nombre nació del ataque al cuartel Moncada, en Santiago de Cuba, el día 26 de julio de 1953.

Ella era todavía una inocente criatura y primero abrió su corazón. Horas después, las piernas. Pero al lindero de Henry lo único que le interesaba era mostrarle a la muchacha el camino del verdadero placer terrestre y por eso no colocó allí dentro lo que alguien con pericia sexual (o simple maldad callejera) se le ocurra pensar. Es que a él no le interesaba el simple contacto habido entre un hombre y una mujer, comunes y corrientes, sino el ofrecido por los bien pagados profesionales de la cama. Y empleó en ello toda la destreza, la suavidad y el esmero que poseía en el alma, en los dedos de las dos manos y en la lengua, de modo que a la muchacha le pareciera estar jugando a las casitas en las que casi siempre hay un papá y una mamá que jamás se tocan, aunque disfruten hasta el llanto de tanta risa. De todas maneras, si llegaran a tocarse el asunto carecería de la profundidad requerida.

Henry Cisneros llevó a Esperanza al hotel de malamuerte en que se hospedaba. Le dio techo, baño y comida a cambio del cuerpo de novata. Pero no para hacer uso de ella como el vulgar macho sediento de sexo. Estaba empeñado en confirmar en la práctica lo que le dijera su intuición masculina, de solo verla en la calle. Aprovechaba para impartirle las primeras lecciones.

—Toddoo está permitido arriba de una cama... —dijo con la voz y la actitud de un profesional del giro. Muy seguro de sí. Dentro de elegantes calzoncillos entallados y de patas a medio muslo. Paseaba de un lado a otro embutido en sus mocasines blancos, de la firma Ingelmo, y con las medias también blancas y transparentes, marca Casino, mientras echaba humo del gran habano entre los dientes largos—. Escússhame, mushasha lindda, todddddoo está permitido arriba de una cama... Hasta el dolor, pues ese termina convirtiéndose en el más refinaddo de loss plasseress.

Ella lo miraba con cara de alarma: «¿En qué mundo he caído? ¿Para qué él me dice eso?»

—No importa ssi ess un hombre y una mujer o ssi sson doss hombres o doss mujeress... O hassta ssi ess un grupo... Toddoo lo que imaginess está permitido arriba de una cama. Ssiempre que dé placer... todddo. ¡Fíjate bien, todddo!

Paseó por la habitación lanzando al techo un magnífico chorro de humo blanco y se detuvo en un sitio en el que un rayo de sol del atardecer chocaba con su tez blanca adornada sin embargo por cabellos lacios y muy negros:

—Yo missmopor ejemplo cassi agonisso ante algunoss doloress, pero sson tan plasserentoss al missmo tiempo que por nada del mundo dejaría de disssfrutarloss..., y hablo de los dolores, por ssupuesto.

Esperanza se rompió la cabeza tratando de imaginar qué otras cosas podían hacer un hombre y una mujer que no fuera lo que ella conocía y había hecho

con el novio de los padres esclavistas. Y bueno, también con Henry, aunque en verdad no hubiera hecho nada con él, todavía. Concebía únicamente acostarse uno arriba del otro. Y ya. Y como es lógico, siempre dos personas de sexos diferentes. Solo dos. Y para lograr el esperado placer, jamás un poquito de dolor. No podía trasponer las fronteras de su pobre experiencia existencial, ni siquiera a través de los cuentos entre risas de las amiguitas en la escuela.

El lindoro decidió llevarla de la mano por el ancho mundo del sexo y el erotismo.

—Lo primero y creo que hassta lo máss importante ess la lengua... Ssí, ssí, essta que tenemoss dentro de la boca y que tú creess que ssolo ssirvve para passárla por arriba a loss heladoss...

Ella permanecía desnuda y enrollada en torno a la almohada, escuchándole temblorosa la disertación. Deseaba cerrar los ojos y que nada de aquella historia de otro mundo le estuviera pasando a ella. Sabía sin embargo que no iba a ocurrir. La realidad se imponía. Lo mejor era tener el estómago lleno de comida caliente, dormir con comodidad, poder ir a un baño, andar limpia. Empezó a rezar, en silencio.

—Una lengua edducadda en el arte de la cama ess la maravilla de lass maravillass —decía el lindoro moviendo el gran tabaco entre los dedos anillados y el bigotillo por debajo de la nariz de curva afilada—. Loss sshinoss sson loss que máss la ussan..., sson loss maestross..., por todass partess. Donde hay peloss y donde no hay peloss. En la concavvidadess y en lass convvexidadess...

—¿Eeeh? —preguntó Esperanza, asombrada.

—Sí, sshica, yo en tu pipi cóncavvo y tú en mi pipi convvexo —dijo él como buen maestro de escuela, investido de toda la seriedad del mundo—. Pero donde loss sshinoss enloquessen de vverddad y enloquessen a lass sshinass ess cuandoo passan ssuss languass por entre loss deddoss de loss piess femeninoss.

La muchacha reprimió una mueca de asco. A él no le importó. Con pausados movimientos, el hombre se acercó al borde de la cama. Colocó el largo habano humeante en el cenicero de aluminio, sobre la mesita de noche que también tenía una lámpara con pantalla de tela roja. Hacía ardiente la noche. Apoyó la rodilla derecha en el borde de la colchoneta, con fuerza. Los hilos de acero del bastidor cedieron ante el peso masculino. Ela no pudo evitarlo y dio una vuelta completa hacia él abrazando la almohada y con las piernas encogidas. Traía una risa ligera envuelta en una pena gruesa. Más pena que risa.

Al rodar, Esperanza quedó de espaldas a él. Los diez dedos masculinos se posaron en los hombros femeninos. La sorprendió. No quiso que se volviera ni se extendiera. Comenzó a mordisquearla con la pasión de un amor viejo. Suave

y constante. Encendía el pedazo de piel que tocaba. Él lo sabía por el cambio de respiración y el color de las orejas de ella. Se le veía profesional, controlado, dueño de la situación.

Esperanza elevaba los hombros procurando en vano esconder el cuello y la cabeza, las orejas y la barbilla. Pero la punta de la lengua la cosquilleaba desde la raíz de los cabellos, en la nuca, para seguir en círculos por la columna vertebral rumbo a los glúteos. A la vez, las manos masculinas giraban en busca de los pequeños y oscuros pezones de Esperanza.

A ella se le agitaba la respiración, ansiaba quitarse de arriba lo que ya veía venir, pero aquellas manos se apuraron a sofrenar las manos femeninas. Estas otras querían detener la lengua intrusa que se abría paso entre las dos nalgas duras.

—Ay, no, que eso no me gusta por ahí. No, no, por favor, no —decía con voz de niña aguantándose el loco deseo de gritar. Quería patear al hombre indetenible. El pudor que heredara de la madre y las dos abuelas la hacían rechazar las caricias extrañas. Pero había un obstáculo muy sólido bloqueando los púdicos deseos: el hambre es una consejera sin escrúpulos. Por eso, apenas si dejaba escuchar su voccecita—: No, chico, no me hagas eso. Eso no me gusta por ahí...

Sin embargo, el hombre era sordo a toda súplica y su lengua horadaba el ano femenino con el deleite que experimentan quienes lamen el fondo de una cuchara de cobre con sabor a chocolate. Ella quería irse taponeándose el lugar con las dos manos, pero, a la vez, un movimiento ajeno a su voluntad le hacía proyectar las nalgas y separarlas. Él seguía impasible, lamiendo ensimismado. Daba una última vuelta allí y, ayudándose de las manos para separar las piernas femeninas con habilidad enmascarada de ardor, pasaba con lentitud estudiada por el pequeño puente hacia los rojos labios de la vulva que era una verdadera papaya, rajada de arriba abajo, con la pulpa roja y alrededor los centenares de semillas negras y brillantes. El hombre apartó su rostro y miró el aparato femenino con asombro sincero:

—Esste ssí que ess un bollo² perfecto —comentó—. Grande y peluddo

2. La esclavitud en Cuba dejó, además de personas de piel negra, todo un riquísimo arsenal de voces usadas en la actualidad y nacidas muchas de ellas de la relación de los esclavos con la industria azucarera. *Templar*, por ejemplo, es el acto sexual propiamente dicho, pero viene de la cocción del jugo de la caña de azúcar convertido ya en meladura caliente y próxima a la cristalización. Otra es *singar*, también el acto sexual pero más vulgar, si cabe la definición, que quizás naciera de la voz marinera *singladura* y de cuando los barcos negreros hacían la travesía desde África hacia América. Otra es *bollo*, esa codiciada porción femenina por muchos hombres, que en verdad era el nombre dado al barro bastante húmedo con que se recubría el interior de los conos llenos de meladura y con el que se extraía el agua a los granos ya cristalizados. Una más en la larga relación sexual que los cubanos todavía usan es la palabra *pinga*, utilizada para el miembro viril masculino, y que viene del nombre dado por los chinos *coolies* a las varas que colocaban sobre sus hombros y en cuyos extremos, en ganchos, transportaban

como un osso dormilón, pero esstreccho y agressivvo como un gato callejero.

Viniendo de abajo, trabajó la hendidura para detenerse en el punto más alto hasta lograr de Esperanza un orgasmo gimiente y desesperado. De pronto, se arrodilló en la cama. Tenía cara de haber terminado.

—¿No vas a seguir? —inquirió ella, en un susurro—. ¿No quieres satisfacerte tú también?

Henry Cisneros desoyó la pregunta y tomó el tabaco humeante. Habló con tono profesional:

—El arte de la cama tiene un ssecreto... El trabajador del plasser no puede perdder la cabeza. Que nunca sse te vvaya de lass manoss la agradable tarea que realizass para otra perssona.

—¿Qué? ¿Qué? —ella se movía en la dulce tiniebla que le provocara el mejor orgasmo de su corta vida sexual. Parecía sentir necesidad de una penetración adecuada que él estaba lejos de querer realizar.

—Te dessía que la cama tiene un ssecreto que sse expresa con doss palabrass ssimpless: brindar plasser... ¡Jamáss vvenir a la cama a busscar plaser! ¿Me esscuchass, niña linda?

Ella lo miraba intrigada. «¿Para qué es todo eso?»

—Desspués de conosser el mecanissmo del plasser, de ti ssola depende cómo se lo brindass a cada perssona... Ten en cuenta que todoss loss hombres no sson igualess ni ssienten de la missma mmanera —aspiraba del gran tabaco, lo separaba de la boca y observaba con ojos de deleite el espeso chorro de humo gris y blanco dirigiéndose al techo—. Para esso ess la intuissión femenninna, para ssaber cómo le gusta a cada cual. Digamoss, la possissión máss cómodda o la máss atrevvida... Ssi te atrevess tú missma y ssin que nadie te lo indique a ussar la boca, la lengua, los dientess o tuss propioss dedoss con el cliente... Aunque, para ssaber toddo esso devveríass ir tanteando tú missma, avvanzzando hassta donde el cliente te lo permita o te lo pidda y de esstos pequeños detalles podráss ddarte cuenta tú ssola, ssavver cuándo quiere máss, musho más de lo que le estás dando, o menoss... ¡Porque hay algunoss que less gussta musho con menoss! ¡Y a otros, menoss con musho! ¡Ja, ja, ja! Por esso te ddigo que no pueddess perder la cabeza arrivva de una camma ni arrivva de un cliente, niña linda. ¡Tíeness que sser ssiempre la dueña de la ssituassión!

Los ojos de Esperanza se agrandaron del todo. No había imaginado la existencia de tantos detalles detrás del simple acto de acostarse desnudos, un hombre y una mujer, para hacer lo que el caprichoso dios del cielo o la voluble

cubos llenos de agua y cualesquiera otras cosas.

naturaleza en la tierra les hubiera reservado para multiplicarse y nada más.

—Hay personass a lass que less agradda hablar y que less hablen cuando lo hassen, o less canten, lass golpeen, lass acarissien, lass muerdan, las esscuppan, lass amarren, less griten, lass retuerzzan, las amenassen, less coloquen un dedo aquí o allá o incluso que ni ssiquiera lass toquen, ssino que lass miren nadda máss... Otrass no ressissten ni el máss pequenito de loss ruidoss o loss movimientoss... —observó a Esperanza, por si había captado cuanto decía—. El deber de cadda trabajaddor del plasser conssisste en ssaber qué ess lo que máss le gussta a cadda cliente. Ahí esstá el ssecreto del éxito en la cama.

Ella lo miró como acabada de caer del cielo, con la boca abierta.